

DANA VILLA: *Socratic Citizenship*, Princeton University Press, Princeton, 2001. 370 páginas.

La ciudadanía es un tema al cual se ha prestado bastante atención en las ciencias sociales y humanas durante la última década. El interés renovado por este concepto clásico se debe en gran medida a diagnósticos que señalan la fragilidad de las formas de identificar, diferenciar y legitimar la relación entre entes políticos e individuos. En la teoría política, muchas —pero no el total— de las disquisiciones sobre este concepto se han remitido a debates entre comunitaristas y neocontractualistas. En este contexto teórico encontramos, por ejemplo, disputas acerca de la posibilidad y necesidad de una ciudadanía más o menos cohesionada, movilizadora, contextualizada, formalizada, dotada de derechos o de obligaciones. A pesar de encontrarse enfrentados en muchas cuestiones fundamentales, hay una serie de aspectos que vinculan comunitarismo y neocontractualismo. Uno de ellos es la ambición de revelar o edificar unas bases unívocas a partir de las cuales se debe interpretar la labor política (por ejemplo el significado de la *participación*). Esta ambición de fundamentación puede definirse en términos de *Comunidad* o *Contrato*, representando estos conceptos dos modos para pretender determinar la teoría y práctica ciudadana. Si el primero de ellos se ha vinculado con la búsqueda de una *sustancia* particular de la *polis* en *su conjunto*, el segundo es utilizado para construir una *forma* fundada sobre un acuerdo institucionalizado por y para una ciudadanía racional.

El libro de Dana Villa contempla la ciudadanía desde una perspectiva que no es fácilmente trasladable a esas constelaciones teóricas. Primero, porque el tema no se plantea en términos de defender una cohesión *sustancial* de la comunidad ni tampoco de centrarse en la construcción de unas reglas unívocas o *justas* como base para la vida política. El autor enfa-

tiza precisamente los problemas que surgen cuando los significados del quehacer ciudadano empiezan a bifurcarse en direcciones no reducibles a los dos enfoques generales mencionados. Segundo, porque Villa indica los peligros inherentes a la misma operación de reducción conceptual relacionada con la ciudadanía, puesto que ésta siempre se ve expuesta al riesgo de suspender el juicio y la reflexión individual en nombre de la entidad política *en su conjunto*, sea ésta definida en términos de *sustancia* o de *forma*. Las actividades políticas de los ciudadanos no pueden reducirse a una movilización colectiva en la cual acción es contrapuesta a pensamiento. Tampoco son suficientes, para fomentar una ciudadanía reflexiva, las perspectivas que sitúan a los individuos en un marco formalizado y *justo* que, por una parte determinaría la vida política y, por otra, se encontraría clínicamente separada de ella. Muchos claman por una ciudadanía reforzada en uno u otro sentido. Pero ¿qué significa realmente el *compromiso* cívico formulado (y deseado) y cuáles son sus consecuencias?

Los argumentos que expone Dana Villa como respuesta a estas preguntas giran en torno a la idea de un ciudadano reflexivo o filosófico, con lo cual se interesa por la relación entre individuo, pensamiento y *polis*. El autor presenta un Sócrates muy alejado de los planteamientos platónicos más canónicos: es disidente por principio, escéptico constante, contrario a la idea sustancial del Bien y defensor de la integridad intelectual individual frente a las tendencias en la *polis* que fomentan opiniones cimentadas. Según Villa, Sócrates puede constituir un antídoto contra las concepciones de una ciudadanía anti-reflexiva y mimética que tienden a separar acción y pensamiento, haciendo del conformismo político, el

principio general o la *movilización* colectiva fines en sí mismos. El autor sostiene que en las virtudes ciudadanas debe incluirse un pensamiento *corrosivo* que *disuelva* actitudes o prejuicios generalizados y escasamente cuestionados, en lugar de cimentarlos. Con ello hace hincapié en el peligro que supone suspender el juicio y la disidencia individual, para sustituirlos por la comulgación de un *sensus communis* o de un regla general. Podría argumentarse, como Villa reconoce, que la ambición socrática de debilitar la confianza ilusoria en las virtudes públicas tradicionales y argumentar que la acción no se deriva de reglas generales no es una labor *directamente* política. Pero obviamente tiene implicaciones políticas, al introducir dudas en posturas predominadas por creencias complacientes y por deseos de suspender el pensamiento para fomentar la acción ciega.

La interpretación de Sócrates puede en algunos casos ser discutible y la manera de resaltar diferentes argumentos de este pensador clásico es naturalmente selectiva. Pero el propósito del libro no es detenerse en disquisiciones acerca de un significado supuestamente original de Sócrates ni de sus funciones en la obra Platón (empresas que no dejarían de ser poco menos que inabarcables). Más importante es el *uso* que Villa hace de su interpretación de este pensador clásico para introducir planteamientos escasamente explorados en relación con la ciudadanía moderna. Gran parte de semejante ejercicio se realiza rastreando las ideas de una ciudadanía socrática en el pensamiento de John Stuart Mill, Friedrich Nietzsche, Max Weber, Hannah Arendt y Leo Strauss.

Villa argumenta, por ejemplo, con Arendt que el carácter purgativo del pensamiento socrático no significa una eliminación progresiva de convicciones falsas que estarían impidiendo una supuesta evolución moral. Poner en duda convicciones básicas y virtudes pretendi-

damente unívocas constituye una precondición para pensar y cuestionar, es un fin en sí mismo, y no una *purificación* del pensamiento o de la comunidad política. Para esta autora, cualquier identificación colectiva *fuerte* lleva consigo el potencial de dar lugar a grandes atrocidades, porque la misma *fuerte* que define la comunidad tiende a suspender el pensamiento y el juicio de sus miembros. Por ello son necesarios ciudadanos capaces de disentir incluso en los momentos que Arendt denomina «situaciones de emergencia». Pero la necesidad de desestabilizar opiniones cimentadas y pensar de forma corrosiva no se limita a determinados contextos, sino que es una labor constante, para así poder contrarrestar las tendencias miméticas inherentes a la ciudadanía. El capítulo sobre Arendt y Strauss supone una comparación relevante de sus ideas vinculadas a la «ciudadanía socrática», además de ser una crítica de las reticencias de ambos pensadores de tomar en serio las consecuencias de (sus propios) argumentos sobre un ciudadano socrático. Villa sostiene que esta postura se debe a que ambos finalmente se sitúan a sí mismos en una tradición heredada que separa estrictamente *bios theoretikos* y *bios politikos*.

En la obra de Nietzsche podemos observar un enfrentamiento con Sócrates que, para el autor alemán, llega a representar una racionalidad impecable y la fe en el progreso moral. Pero en Nietzsche encontramos también un pensamiento *disolvente* que le une al Sócrates descrito por Villa. El perspectivismo aplicado al conocimiento del hombre, la crítica feroz del conformismo intelectual y de las tendencias de elevar los dogmas morales a la «Moral misma» son nexos importantes que unen las ideas de ambos pensadores. Villa destaca, con razón, a Nietzsche como una base para los componentes de ciudadanía socrática presentes en Arendt, Strauss y Weber. A pesar de presentar unas características funda-

mentales para este tipo de ciudadano, Villa también ve en la obra nietzscheana contradicciones que en algunos momentos parecen sustituir el pensamiento disolvente por la necesidad de crear *ilusiones* políticas y morales determinantes en un mundo desencantado. Esta última postura nos muestra aspectos de Nietzsche que difícilmente casan con la idea de una ciudadanía que debe resistir la *doxa* mimética. Pero estos problemas, bien conocidos y extensivamente tratados por otros autores, no quitan importancia de este pensador en los argumentos de Villa. Los capítulos del libro dedicados a John Stuart Mill y a Max Weber son también ejemplos de una capacidad de rastrear y vincular obras, conceptos y problemas de forma esclarecedora y fruc-

tífera, destacando tanto aportaciones como discordancias a los planteamientos de una «ciudadanía socrática».

La ideas presentadas por Dana Villa no son precisamente nuevas, pero sí *novedosas* y claramente merecedoras de nuestra atención. El estudio de los autores elegidos echa otra luz sobre el quehacer ciudadano, sobre la obra de una serie de pensadores fundamentales, además de indicar importantes nexos entre ellos. Este libro puede contribuir a diversificar los debates y el *corpus* teórico relacionados con la ciudadanía en general, lo cual es importante puesto que los conceptos más utilizados no siempre son los más explorados.

BJÖRN HAMMAR